

Este número está mal intercalado por ser del año 1842.



BIBLIOTECA PÚBLICA PALMA DE MALLORCA

Semanario de Palma.

DOMINGO 2 DE ENERO DE 1842.

DISCURSO

PRONUNCIADO POR DON FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA

MIEMBRO RESIDENTE DEL INSTITUTO HISTÓRICO DE FRANCIA,

EN LA UNDÉCIMA SESION DEL SÉPTIMO CONGRESO, SOBRE LA

CUESTION SIGUIENTE:

¿Cuáles fueron los auxilios que encontró Cristóbal Colon en los conocimientos geográficos anteriores á su época para conseguir el descubrimiento de la América?

Señores: Al comenzar mi discurso necesito disculparme. Es en mí demasiado atrevimiento tomar la palabra en este sitio, y ante un público no menos ilustrado que respetable. Léjos de mi patria, carezco de libros, de documentos y de amigos á quienes consultar. Muchos años han trascurrido tambien desde que me ví forzado á renunciar á esta clase de trabajos, no menos importantes que pacíficos. Pero lo que mas me arredra es la necesidad de expresarme en un idioma extranjero. Para vosotros, señores, es ese idioma un instrumento muy dócil que á todo se presta en vuestras manos. La idea y el palabra nacen á un tiempo; son dos hermanas gemelas que marchan bien cuando van unidas. Mas por lo que á mí hace, me veo obligado á coger al pensamiento para despojarle en seguida de su traje nacional, y vestirle bien ó mal con una ropa prestada.

Cuento, pues, con vuestra indulgencia.

No creo, señores, que Cristóbal Colon se aprovechó mucho de los descubrimientos antiguos. A mi ver, los pueblos de la antigüedad, aun los navegantes mas atrevidos, jamás se alejaban de las costas: tampoco podian hacerlo sin correr grandes peligros, no conociendo la brújula ni ninguno de los demas instrumentos y medios que los modernos tienen á su disposicion. Las tierras tan ricas, tan abundantes, que esplotaban los fenicios, no fueron probablemente otras mas que la España. Ese pais fué el que dió origen á los cuentos é historias mas ó menos maravillosas de sus viages. Por este medio puede tambien esplicarse (y aqui se ha hecho ya esa observacion) como podian volver á su pais con sus barcos cargados de preciosos metales. Hace poco se han descubierto en España minas de plata, que hasta nuestros dias se habian despreciado, ó mejor dicho, cuya existencia se dudaba. Créiase que esas minas eran fabulosas. Pues bien, señores, se han descubierto asombrosos trabajos que parecen, segun dicen, anteriores á la dominacion de los romanos, y esas escavaciones están situadas cerca del mar, precisamente sobre las costas mas frecuentadas por los cartagineses, junto á la ciudad de Cartagena que conserva todavia el recuerdo y el nombre de sus fundadores.

Los descubrimientos de los antiguos apénas habian dejado vestigios: algunas frases estampadas en los libros al acaso, recuerdos confusos, tradiciones vagas, no podian prestar gran auxilio á Colon para llevar á cabo su descubrimiento.... Nunca pensó él ni en la Atlantida, ni en ninguna otra tierra situada al Occidente de Europa: Jamás se cuidó de ello: ya se os ha dicho, Colon no buscaba otra cosa que el Oriente. No era su ánimo tampoco buscar las islas que pudieron formarse con el trastorno del globo que sumergió la Atlantida. Tan léjos estaba de eso, que, cuando saltó en tierra en las primeras islas que encontró en su viage, creyó que eran un continente entero, es decir, se engañó en todo, creyendo que eran un continente, y que este continente era el Asia. Colon, á mi ver, no aprovechó los trabajos de los antiguos sino en este sentido: aprovechándose del estado en que la geografía y la astronomía se hallaban en su tiempo. No podia ignorar el estado de las ciencias entre los antiguos, quien habia hecho serios estudios, quien era italiano y vivia en el siglo XV, en aquel siglo eminentemente clásico, y en un pais eminentemente clásico tambien. El mismo nos dejó una especie de inventario de sus conocimientos: habia estudiado, segun dice, la cosmografía, la historia, las crónicas, la filosofía y otras ciencias, el pilotage, la astrología, la geometría y la aritmética. Dibujaba, sabia levantar mapas geográficos y hacer esferas... Por último, habia tratado á los sábios de diferentes sectas y de muchas naciones.... Vése, pues, señores que no era este un hombre ordinario; Colon sabia cuanto en su tiempo podia saberse.

Se han hecho recientemente grandes, y sin duda laudables esfuerzos, para atribuir á los pueblos del Norte una gran parte en el descubrimiento de la América. La real sociedad de Anticuarios del Norte, establecida en Copenhague, ha publicado sobre el particular una obra muy notable, sobre la cual puedo daros algunas noticias. Como tengo el honor de ser miembro de dicha sociedad, su secretario me ha enviado hace poco una recopilacion de sus trabajos, y entre ellos se cuentan algunos detalles sobre esta obra, cuyo autor es el mismo secretario M. Rafn. La obra lleva por título: «*Antiquitates americanæ sive scriptores septentrionales rerum ante collumbianarum in América.*» Consta de 526 páginas en cuarto imperial, con 13 láminas, á saber: «8 fac simile» de los códices mas importantes que han servido para la edicion, 6 gravados de monumentos de la antigüedad, y 4 mapas. Contiene ademas, antiguos documentos y curiosos detalles sobre los viages y descubrimientos de los Scandinavos en la costa de América.... Parece que estos habian conocido

el país situado al Oeste del estrecho de Davis, el Labrador, Terra-Nova, la Nueva Escocia y Massachusset. Se pretende también probar, que bajaron hasta las Floridas y para esto se comparan los nombres y lugares, se sacan inducciones y se hacen conjeturas... Aun en varias revistas y otras obras publicadas en los Estados Unidos de América, he observado que se prodigan los mayores elogios á esta obra, y que se complacen en confesar, por los conocimientos especiales que tienen del país, que los datos contenidos en dicho libro son sumamente exactos.

No lo dudo yo por cierto, mas digo, lo concedo desde luego, pero si he de juzgar por los recuerdos que de esta obra conservo, habiendo leído algo de ella hace tiempo, hé aqui lo que resulta examinándola con imparcialidad:

Un hecho me parece que hay fuera de duda, y es que los pueblos Scandinavos hicieron algunas escursiones en el litoral de la América del Norte; pero no se encuentra el lazo, el eslabon que pudiera unir estos descubrimientos aislados, pasajeros, sin estension ni consecuencias, con los grandes descubrimientos de Cristóbal Colon.

Débase tener presente, que los descubrimientos de los dinamarqueses y otros pueblos del Norte se verificaron desde el siglo X hasta el XIII; de manera que habria siempre un inmenso vacío que llenar entre los descubrimientos de los Scandinavos y los de Colon, habiendo mediado entre ellos dos ó tres siglos.

No hay indicios, al ménos que yo sepa, que puedan persuadirnos de que Colon tuvo la menor noticia de estos descubrimientos; por mi parte no creo que visitó nunca los países del Norte; y digo mas, aun cuando los hubiera recorrido; aun cuando (y esta es una suposición enteramente gratuita) en ellos hubiera tenido noticia de que algunos navegantes de estos países habian sido arrojados á playas desconocidas, esta idea hubiera ejercido muy poca influencia, ninguna tal vez sobre su resolución. Colon no tuvo nunca mas que una idea fija, lo cual hizo que el vulgo á veces le considerára como demente. Esta idea era encontrar el imperio del Gran Kan, del que tantas maravillas se contaban; de modo que seria muy difícil unir los descubrimientos de los pueblos Scandinavos con esta idea capital, que absorvia, por decirlo así, todo el pensamiento de Colon.

Uno de los oradores que han hablado sobre esta cuestion, ha querido atribuir á los vascongados alguna influencia sobre el descubrimiento de Colon. Sin embargo, yo creo que no pueden vindicar para sí ninguna parte. Mi voto sobre este punto es tanto mas imparcial, cuanto que Colon nació en Italia, y los vascongados de quienes se trata son españoles. Bastante gloria positiva é indisputable han adquirido estos, para poder dispensarse de aspirar á otra gloria dudosa. Verdad que ellos fueron en la edad media navegantes emprendedores, atrevidos, y el monumento que erigieron en las ordenanzas navales de Bilbao, prueba por sí solo cuán avanzado estaba este pueblo en la carrera del comercio y la civilización; mas nada, por otra parte, viene á confirmar que los vascongados hubiesen hecho descubrimientos tales, que hayan podido contribuir poderosamente al buen éxito de los de Colon. El autor que se citó uno de estos días, Zamácola, pasa aun entre nosotros por demasiado apasionado á las glorias de su país. Este es un defecto que fácilmente puede perdonársele; nace de un sentimiento tan noble, que en sí mismo lleva desde luego su excusa.

En cuanto al piloto vascongado que acompañó á Colon, muy posible es que así fuera: los nombres mismos de los ciento y tantos compañeros que le siguieron en su viage, se han conservado para honor suyo; pero este hecho por sí solo no prueba en modo alguno que los vascongados pueden reclamar

una gran parte en el mérito de la empresa. Puesto que ella se preparó en España, puesto que la expedición salió de los puertos españoles, natural es que entre los marineros vascongados, tan valientes, tan emprendedores, se encontrasen algunos que acompañaran á Colon.

Este habia concebido su proyecto muchos años antes de venir á España. Queda, pues, demostrado que no tomó la idea ni de los vascongados, ni de los otros navegantes que le acompañaron en su ejecucion.

El hecho cierto es, á mi modo de ver, que Colon nada ó casi nada debió á los descubrimientos de los antiguos, ni á los de los Scandinavos ó Vascongados. Su idea debió nacer de un modo muy sencillo, muy natural, y que me parece en extremo verosímil. Colon habia notado que casi todas las repúblicas italianas se habian enriquecido y alcanzado gran poder con el comercio de Oriente. Pisa, Génova y Venecia sobre todo, habian sacado de estas lejanas regiones los tesoros y el poder con que asombraron al mundo, y la historia de Marco Polo inflamó la imaginacion de Colon. Se sabe á no dudarlo que siempre tenia este libro en las manos. Los venecianos habian frecuentado un camino para hacer el comercio de Oriente. Los portugueses buscaban entonces otro costeando el Africa y doblando el Cabo de las Tormentas. Colon, pues, quiso á su vez encontrar el tercero para llegar al mismo fin: hé aquí su idea toda entera. El espíritu de descubrimientos, el espíritu religioso que caracterizaban el siglo XV, eran tambien los que empujaban á Colon hácia el Oriente. No buscaba él un nuevo mundo; por el contrario, buscaba el antiguo. Tan léjos estaba de buscar el nuevo, que, encontrándole por acaso, le vió y tocó sin conocerlo. Hasta el nombre de Indias le dió, porque la India era lo que buscaba, y los habitantes de aquellos países conservan aun el nombre de indios con que el mismo Colon los designó. Este nombre conservan en las ordenanzas de los reyes de España, y en la recopilacion general de leyes hechas espresamente para aquellos pueblos, leyes que (sea dicho de paso) son un monumento eterno de humanidad y sabiduría.

Se ha dicho con razon, que el error tuvo gran parte en el descubrimiento hecho por Colon. Esto es innegable; pero es preciso confesar tambien, que en el fondo de su pensamiento habia una idea exacta. Colon no encontró la nueva ruta que buscaba para ir á Oriente; mas esta debía existir, existia en efecto, él la adivinó, y despues otros la han recorrido.

Por lo que toca á la patria de Colon, se puede asegurar casi con certeza que fué Génova. En primer lugar esta era la opinion generalmente recibida en su tiempo, y la de algunos escritores que le conocieron personalmente. Hay dos de estos, cuyo testimonio es de gran peso en la cuestion: el de Martir de Angleria, sabio muy distinguido de Italia, que la Reina Isabel habia hecho venir á su corte con otros literatos no menos célebres. Este, que acompañó á la Reina durante el sitio de Granada, vió á Colon allí, y asegura que era genoves.

Hay otro escritor poco conocido; pero cuya obra manuscrita (que existe en la biblioteca de la academia de historia en Madrid, y que yo he ojeado varias veces) es de un valor inmenso. Este escritor era un buen cura de un pueblo llamado los Palacios, que se halla á corta distancia de Sevilla, el cual escribia dia por dia todos los acontecimientos de alguna importancia que presenciaba. No se contentaba dicho historiador con referir, hacia tambien retratos de una semejanza admirable, como el que nos ha dejado de la Reina Isabel. Este cura conoció á Cristóbal Colon, le hospedó en su casa á la vuelta de su primer viage, y ha dejado preciosos detalles sobre el descubrimiento de la América, de lo cual se ocupa en su obra, y dice espresamente que Colon era genoves, y que por el espacio de algun tiempo vendió en Andalucía mapas y libros impresos.

Casi todos los autores españoles están de acuerdo sobre la patria de Colon. Hay tambien un escritor, Quevedo, mas conocido por su causticidad y mordaz estilo que por su profunda erudicion y conocimientos estensos, que encontró motivo para sus chanzas en la nacionalidad de Colon. Debe tenerse presente que en España habia cierta prevencion contra los genoveses, y el motivo es muy sencillo; porque los genoveses se dedicaban al comercio. Quevedo, pues, dijo chanceándose, y aludiendo á lo mucho que los genoveses sacaban de España, y lo poco que en cambio dejaban:

«Solo el genoves Colon
Dió por todos dando un mundo.»

Pero el argumento mas fuerte es el siguiente: Cristóbal Colon ha dicho en su testamento y en otras ocasiones que era de Génova. Esto, á mi ver, corta la disputa.

Es muy raro, sin embargo, que su hijo D. Fernando, que escribió la vida de su padre, hable de diversas opiniones sobre su origen, sin manifestar, no obstante, cuál era la verdadera.

Esto me hace pensar en una idea que hace tiempo me habia ocurrido, y es esta: En España, en el archivo de Indias, que es un verdadero tesoro, existen dos antiguos manuscritos: uno de ellos refiere que «Colon era de Cugureo, pequeño pueblo situado cerca de Génova.» Aun en el dia existe un corto pueblecito llamado Cogolletto, que yo mismo he visitado, á tres leguas de Génova, en la «Riviera di Ponente:» en él se me ha enseñado la pobre casa en que la tradicion refiere que nació Cristóbal Colon, y yo mismo, cuando he estado allí, lo he creido de buena fe. Cuando se viaja es preciso tener algo de la confianza que tenian los antiguos peregrinos.

Quizás el hijo de Cristóbal Colon no quiso atribuir á su padre tan modesto origen. Si tal fué la causa de su silencio, estuvo poco acertado. Al pronunciar el nombre de Cristóbal Colon, nadie se acordará de Cogolletto sino del nuevo mundo.

Durante sus primeros años, Cristóbal Colon navegó mucho; todo lo que le rodeaba daba pábulo á su pasion dominante. Las historias y cuentos de los viajeros, sus aventuras, las fábulas mismas, todo contribuyó á inflamar mas y mas su imaginacion. Concibió fuertemente una idea, la conservó toda su vida, y esta idea es su historia.

En Italia pensaba ya en el Oriente, soñaba dia y noche con los bellos paises que Marco Polo habia visitado y descrito desde el fondo de una prision, precisamente en Génova.

Colon se dirigió primero á Portugal: el porqué es muy sencillo. Portugal era el pueblo que se dedicaba entónces con mas ardor y mas fe á los descubrimientos. En la corte, en la ciudad y entre el pueblo bajo no se hablaba entónces mas que de encontrar un camino para penetrar hasta Oriente... Colon le veia en todas partes.

Séame permitido hacer aquí una observacion, que está ligada con el objeto de mi discurso. La coincidencia singular, única tal vez en los fastos del mundo, de ver dos hombres eminentes (Colon y Vasco de Gama), dos genios superiores, colocados en la misma línea y que casi á un tiempo se proponen llegar al mismo fin, grande, inmenso, y se dirigen á él por caminos diferentes, ó por mejor decir, diametralmente opuestos!

Colon se casó en Portugal, donde permaneció algunos años: allí adquirió nuevos conocimientos, y nuevas escitaciones atizaron de continuo su pasion dominante; parece que recogió tambien en la herencia de su suegro docu-

mentos preciosos sobre los viages que los portugueses acababan de hacer, principalmente á las costas de Africa. Yo creo que él mismo visitó tambien aquellos países, y que estuvo en una de las islas Azores.

Despues de una permanencia de catorce años, salió Colon de Portugal, donde sus proyectos no habian encontrado la acogida que deseaba. Aquella época era precisamente el tiempo en que se estaba en visperas de doblar el cabo de Buena Esperanza, y el ánimo, la atencion de todos estaba fija sobre aquel lado. El proyecto de Colon debió parecer, por tanto, una distraccion peligrosa, ó mas bien una locura.

Colon llegó á España en el momento menos oportuno. La guerra de Granada acababa de estallar; aquella guerra terrible y obstinada que duró diez años como la de Troya, y cuyas hazañas verdaderas y auténticas esceden mucho á las fabulosas cantadas por Homero. Las fuerzas de España eran apenas bastantes para tal empresa: aquella era una lucha á muerte, una guerra de exterminio entre dos naciones enemigas, que habian permanecido mezcladas por el espacio de ocho siglos, sin confundirse ni reconciliarse. Fernando é Isabel se hallaban muy ocupados con Granada, para dar oidos á las pretensiones de un desconocido, que á tan mala sazon venia á presentarles un proyecto estravagante. Sin embargo, es notable que concedieran algun auxilio á Colon, que le mandaran seguirles, y que enviaran su proyecto á Salamanca para que fuese examinado por una comision de sabios. — Colon no se desanimó: con sus mapas y papeles debajo del brazo abandonó las costas del mar y se dirigió á Salamanca. — Allí tambien buscaba el Oriente!

Los pareceres de los sabios estuvieron encontrados, mas al fin hubo algunos favorables, y Colon volvió al lado de la Reina y la siguió en todas partes, en la corte, en el campo, en el sitio de Málaga, en el de Granada. Mas no podia vencer el principal obstáculo. La empresa de Granada era de tal magnitud, que no permitia començar ninguna otra. En el trascurso de ocho años de incertidumbre y espera, Colon estuvo mas de una vez á punto de abandonar la España, pero fué detenido, segun parece, por amorosos lazos; amaba á una señora de Córdoba tan noble como hermosa, de la cual habia tenido un hijo natural, llamado D. Fernando.

Si en efecto este compromiso le detuvo, como todo inclina á creerlo, es una nueva confirmacion de lo que tantas veces se ha repetido; á saber, que los mayores acontecimientos, dependen de pequeñas causas. La España, acaso, debe el descubrimiento y la posesion de un nuevo mundo, á los bellos ojos de una dama andaluza.

Al finalizar la guerra de Granada, quiso la Reina que se emprendiera la espedicion de Colon. Esta princesa de tan noble carácter, y de un entendimiento tan ilustrado, fué quien acogió el proyecto de Colon. La gran Reina debia comprender al grande hombre.

¿Pero cómo encontrar los medios para subvenir á los gastos de la espedicion? Para emprenderla era indispensable armar dos ó tres embarcaciones, era preciso hacer otros desembolsos, y el tesoro estaba exhausto. Aqui es donde se manifiesta enteramente el carácter de esta muger heroica. Despojóse de sus joyas, las reunió todas, y las ofreció en prenda y garantia para buscar el dinero. Con la cantidad tomada sobre ellas fué con la que adquirió un nuevo mundo la corona de Castilla.

Colon vió ondear el estandarte de la cruz sobre los muros de la Alambra, vió (y él mismo es quien lo dice) al Rey moro destronado, venir ante los vencedores, algunos dias despues, y en el mismo mes en que se verificó la capitulacion de Granada, fué cuando se resolvió su viage. Al fin va á partir para su deseado Oriente: la Reina Católica le nombró de antemano »gran almiran-

te, virey y gobernador de todos los países; de todas las islas que llegara á descubrir." Concedióle también otra gracia, que debe hoy parecernos extravagante; pero que manifiesta el espíritu de aquel tiempo. Permitió á Colon usar el *Don* antes de su nombre. He aquí como el honor es un tesoro precioso en las monarquías!

Colon marchó á mediados de aquel año. Tres pequeños buques (carabelas) componían su escuadra. Además del tormento que causa la incertidumbre, además de los riesgos del mar, sufrió muchos otros de varias especies. Se cuenta de él una anécdota que yo creo auténtica, y que prueba la presencia de ánimo y el gran valor de Cristóbal Colon. Sus marineros se insurreccionaron mas de una vez; y comenzando á creer que era hechicero ó cosa semejante, resolvieron arrojarle al mar. Viéndose en tan extremo peligro, conservó su sangre fria, como el abad Maury en la primera época de la revolución francesa; pero no dijo «cuando me hayais metido en esa linterna ¿veréis por eso mas claro? . . .» Colon hizo á sus marineros esta otra reflexion, algo mas grave. . . . Cuando me hayais arrojado al mar, ¿cómo os compondréis para volver á España? . . . En seguida les prometió conducirlos allá, fingió mudar de direccion; pero no por eso dejó de caminar via recta á su fin: lo amaba mas que á la vida!

En una de sus cartas, dirigida al Rey y á la Reina, (hay varias de estas en los archivos de España, y las hay también en los del duque de Veragua, descendiente de Colon) les decia. «Vuestras Altezas me han mandado no ir á Oriente por tierra como se acostumbra hacer, sino por la via de Occidente, por donde no sabemos de un «modo seguro» (os ruego que noteis la expresion) que nadie haya ido jamas.»

Se ha conservado el diario que él mismo redactó en su larga y peligrosa navegacion: es un documento de gran valor, que se encuentra con otros muchos en una obra muy notable, de que voy á hablaros algunos instantes. Esta obra lleva por titulo. «Recopilacion de los viajes y descubrimientos hechos por los españoles desde el fin del siglo quince.» Su autor, el Sr. Fernandez Navarrete, uno de los hombres mas eruditos de España, hizo un verdadero servicio á su patria sacando del olvido documentos preciosos, que estaba en situacion de adquirir, hallándose al frente del depósito hidrográfico de Madrid, y teniendo á su disposicion otros archivos. Allí es donde ha tomado los materiales de su obra, que esparce una luz nueva sobre los anales de la navegacion.

Un ejemplar de esta obra existe en la biblioteca real de Paris; ó al menos los dos primeros tomos, que son precisamente los que contienen la relacion de los descubrimientos hechos por Cristóbal Colon. Yo mismo ayer los he ojeado depriesa, y creo que todos los que quieran formar una idea del asunto que nos ocupa harán muy bien en consultar esta obra importante.

El Sr. Navarrete ha contribuido mucho al buen éxito que, con justicia, obtuvo en los Estados-Unidos la obra publicada allí por M. Washington Irving, titulada: «Historia de Cristóbal Colon.» Este historiador, tan elegante como fácil, vivió algun tiempo en España, y de ella sacó materiales de un gran precio.

Hay además en los Estados-Unidos otro escritor laborioso, profundo, concienzudo en el estilo aleman, que últimamente ha publicado una «historia del reinado de los Reyes Católicos," la cual tuvo la bondad de enviarme. Como un episodio de esta historia, ó por mejor decir, como el descubrimiento del nuevo mundo por Cristóbal Colon, es una de las partes mas interesantes de dicha obra. M. Prescott ha utilizado también á su vez los trabajos del señor Navarrete.

Agrádale espectáculo es ver mas allá de los mares, en el opuesto emisferio, escritores tan distinguidos, dedicándose con el mayor celo á ilustrar la historia de su país y haciendo con la Europa un cambio de luces y conocimientos, que debe tornar en ventaja recíproca de ambos mundos!.... Vuelvo á mi propósito.

La expedicion de Colon salió del puerto de Palos. «Tomé (dice Colon) la ruta de las islas Canarias, que pertenecen á vuestras Altezas, y se hallan en el Occéano, para que me sirvieran de punto de partida, y continuar desde allí mi navegacion hasta encontrar las Indias, á fin de poder dar cumplimiento á la embajada que me han encomendado vuestras Altezas para los reyes de aquellos países, y hacer todo lo demas que vuestras Altezas me han ordenado.... y me veré en la precision (añade con una naturalidad que pinta por sí sola al grande hombre) me veré obligado á escribir durante la noche lo que haya hecho en el dia. Sobre todo, fuerza será que me olvide de dormir, y que me ocupe á toda hora de la navegacion; esto es preciso, pero es sin duda muy penoso!»

A mediados de octubre descubrió tierra por primera vez, y era una isla que los habitantes del país llamaban Guanahany, y á la cual Colon dió el nombre de San Salvador.

No queriendo perder tiempo abandonó esta isla, porque su objeto era (segun su propio testimonio) encontrar la isla de Cipango.... Siempre Marco Polo delante de sus ojos!

En medio del laberinto que forman aquellas islas, se encontró como perdido. «Hay de ellas tan gran número (dice) que los indios me han citado un centenar por su nombre.»

Desembarcó despues en otra segunda isla, que llamó Santa-María, y despues visitó otra tercera á la que puso el nombre de Fernandina, en honor del rey Fernando, pasando en seguida á la cuarta, que denominó Isabela. Aun en estos pequeños detalles se conoce el espíritu del siglo, el espíritu religioso y monárquico á la vez, que dirigia estas empresas.

No puede uno menos de sonreirse á veces, viendo á este grande hombre, que acababa de descubrir un nuevo mundo; ir preguntando por todas partes y pidiendo á todós noticias del Gran Kan. «Esta tierra (dice) hablando de una de aquellas islas, debe ser muy rica en especerías.» Creia además que pasando adelante encontraría oro en abundancia. Si veia pequeñas conchas en las costas del mar se alegraba. «Es una señal (dice) que anuncia la existencia de perlas!» Tenia ante su vista un espectáculo grande, maguífico, sublime, se hallaba fuera de sí, hablaba con entusiasmo; mas no pensaba en otra cosa mas que en el Oriente!

Al fin, llegó á la isla de Cuba. Allí creyó Colon que habia tocado el término de su viage: veia las pequeñas canoas de los indios, y no obstante esperaba ver llegar de un momento á otro los gruesos buques del gran Kan!

Dominado por esta impresion, Colon envió el piloto de la Pinta (nombre de una de las carabelas) para tomar lènguas del país y llevar presentes y una embajada á este poderoso monarca. El piloto volvió creyendo que aquella no era una isla sino ántes bien un estenso continente, y que el rey del país no era el gran Kan, sino otro que estaba en guerra con él. Los naturales le llamaban en su idioma Cami.

Los españoles no entendian á los indios, y los indios no comprendian mas tampoco á los españoles; pero como estos no preguntaban otra cosa sino donde podrian encontrar al gran Kan, tomaban en este sentido cuantas palabras bárbaras herian sus oídos y tenian alguna pequeña semejanza.

Colon no se desprendió de su idea: Decia (segun sus documentos mismos)

que hacia todavía esfuerzos para llegar al gran Kan. »El debe habitar por estos países (añadia) ó bien me dirigiré á la ciudad de Cattay que le pertenece á sí mismo. Debe ser muy populosa, segun lo que me han contado ántes de salir de España.»

Aquí me detengo con Colon. Lo estáis viendo, señores, el mismo pensamiento le ocupa siempre, y le impide ver ni oír otra cosa: acababa de descubrir un mundo y no aspiraba á otra cosa mas que á seguir las huellas de Marco Polo.

Mi difícil tarea está concluida. Lo que me habia decidido á emprenderla, era en primer lugar, el deber de pagar este escaso tributo á la sabia corporacion que me honra admitiéndome en su seno, y tambien el deseo de manifestarme dócil á las finas escitaciones de nuestro ilustre presidente. Hay ademas otro motivo que es, por decirlo así, personal para mí: se trataba de Cristóbal Colon, de ese Colon con que se honran italianos y españoles: los italianos orgullosos con su origen, y nosotros los españoles mas orgullosos aun con su gloria.



FRAGMENTO

de un poema épico

PALMA CONQUISTADA.

No ofrecemos al público esa muestra de los trabajos en que ocupábamos los días de nuestra niñez literaria para vana ostentacion de lo que entónces pudiéramos haber hecho, á no faltarnos una lectura metódica y reflexiva de modelos escogidos y los ausilios de un buen maestro que hubiese dirigido nuestros demasiado juveniles esfuerzos. Habiendo visto pasar tan desapercibido el aniversario de la conquista de esta ciudad, y sintiendo ver perdidas las esterioras demostraciones de júbilo que le solenizaban; para consagrar á lo ménos nuestros pobres recuerdos á tan glorioso día sacamos á luz este fragmento de un largo poema que aspiraba temerariamente á ser el intérprete de todos los sentimientos y memorias que en él se despiertan. Entónces ni conociamos, ni debiamos conocer, la grandeza de esta carga y la flaqueza de nuestros hombros, y por esto confiamos que el lector no le juzgará con tanta severidad como si ahora saliese de nuestra pluma. Algo de inverosimilitud en decoraciones, lenguaje y costumbres son defectos en que incurrieron los épicos españoles que para mitigar nuestra hambre de lectura habiamos devorado; y siendo en aquella época (1831) la literatura esencialmente imitadora, no es extraño que un niño siguiendo el carril que veia abierto diese en los mismos tropiezos, y mas cuando todo lo que debia á sus maestros de poesía era únicamente el arte de trinchar un exámetro acertándole en todas sus coyunturas.

CANTO V.

Argumento.

*Al despuntar la clareciente aurora
 El ejército ibero salta á tierra,
 Y dos caudillos de la hueste mora
 Al monarca proponen paz ó guerra.
 Lo postrero se acepta, y sin demora,
 Por ambas partes con furor se cierra,
 El bravo Mustafá mata y destroza,
 Mas no de vencedor el lauro goza.*

Tendido el funeral nocturno manto,
 La suma esfera en lobreguez cobija;
 Y del invicto rey la armada en tanto
 Su rápido desliz contenta aguija:
 Próspero del ocaso el soplo cuanto
 Es posible creer les regocija,
 Y en breve llegan al dichoso puerto
 Por el práctico Nuño descubierta.
 Aquí esperan la bella precursora
 Del relumbrante sol, y apenas flaca
 Y naciente su luz consoladora
 Destierra del zenit la sombra opaca,
 Con himnos de placer la armada impleta
 El brazo divinal, veloz atraca
 A la ribera balear, y para
 Saltar en ella leda se prepara.
 Mas ya formado en el opuesto llano
 Con fiera muestra y posición gallarda
 De bravos moros escuadron lozano
 Ansioso de victoria les aguarda.
 Caudillos Mustafá y el vil Orcano,
 Que apoyado en larguísima alabarda,
 Así clamaba pálido el semblante,
 Y la voz en sus fauces retemblante.
 » O gloria balear! valiente tropa
 En la sangrienta lucha jamás tibia,
 Mira cual cubre la enemiga popa
 Gente enervada y vil por su lascivia;
 ¿ Podrá contrarrestar la muelle Europa
 A tantos hijos de la ardiente Libia,
 De Libia, clima propio de leones,
 De fieros é invencibles corazones?
 Este imbécil puñado miserable.

De niños inespertos y altaneros
 Resistirá al aspecto formidable
 De tantos y tan ínclitos guerreros?
 Caerán del pavor, y su execrable
 Sangre deslustrará nuestros aceros;
 Vamos á degollar; sus, avancemos;
 Embriagarnos de sangre allí podremos.
 Doble es la gente nuestra y mas fogosa,
 No cual la suya débil y enfermiza.
 Es nuestra posicion mas ventajosa
 Pues el terreno habemos de la liza:
 Seguidme, y si el valor que en mí rebosa
 La sangre demasiado enfervoriza,
 Si en el riesgo me veis, salvadme presto;
 No tenga aquesta lid fin tan funesto."

Mientras esas palabras articula
 Con gestos y ademanes insultantes,
 Contra los invasores acumula
 Mil y mil vituperios denigrantes:
 Empero el miedo infame que simula
 En sus entrañas crece por instantes.
 Y demuestra en su faz cuanto es lejana
 Del hondo corazón la arenga vana.

No la fiera imponente perspectiva
 A las falanges de Aragon arredra,
 Bernardo de Argentona á quien aviva
 El noble honor con que el soldado medra,
 Es el primero que su planta estriva
 En suelo adverso, y desde un alta piedra.
 Muestra á los enemigos y tremela
 El estandarte regio que enarbola.

Con enérgico y fuerte labio clama
 Ancha espada vibrando con la diestra,
 Y tres veces repite la proclama
 Oid, oid, oid, Mallorca es nuestra;
 Y añade: si el ejército se infama,
 Si la suerte fatal nos es siniestra,
 Juro á Dios con solemne juramento
 De conservarla hasta el postrer aliento.

El bravo Gil Alberto de Cruillas
 En el marino leño no reposa,
 Y despues de él aferran las orillas
 Los gefes y la tropa numerosa.
 Salud, isla felice, que te humillas
 A la planta del héroe generosa:
 El no la apartará si sojuzgada
 No quedas ántes á su invicta espada.

En tanto los caudillos Sarracinos
 Del grupo de sus tropas se adelantan,
 Al lado sus alfanges damasquinos
 Y el rico yelmo en su cabeza agnantan,
 Sus corazas de temples diamantinos
 Con preciosas labores se abrillantán.

Asi de punta en blanco bien armados
 Al campo ibero llegan como enviados.
 Dos escuderos síguenles teniendo
 Del diestro sus caballos guarnecidos
 Con ricas mantas, y otros conduciendo
 Cubiertos azafates y bruñidos,
 Toma ya la palabra y balbuciendo
 Orcano los acentos repetidos
 Persuade al rey con oracion prolija
 La dulce paz, no cruda guerra elija.
 El segundo caudillo á quien aqueja
 El frívolo discurso del primero
 Furioso desatapa la bandeja
 Y súbito interrumpe al compañero:
 » Esas opuestas dádivas coteja
 Y á tu placer escoje ó Rey ibero:
 Guerra indica la espada defensiva,
 Cifra es de paz el ramo de la oliva. »
 Desparramada en la feraz campiña
 La gente de Aragon á la propuesta
 De Mustafá en su derredor se apiña,
 Y guerra, guerra le responde presta.
 La hueste mora á combatir se aliña
 Guerra, guerra de léjos les contesta,
 Y á los dos campos zéfiro remite
 El grito atroz que guerra les repite.
 JAIME la voz del pecho desencierra
 Diciendo á los legados: *pues no quiere
 Vuestro rey devolver la presa, guerra
 Y cruda guerra mi valor prefiere.*
 Mustafá imperturbable no se aterra;
 Y guerra buscas, guerra habrá, profiere:
 Levanta el brazo, y un clarin resuena
 Que á los isleños avanzar ordena.
 El inflamante son al triste Orcano
 Que paz amaba súbito atribula;
 Ocúpale el terror su pecho vano,
 Y la sangre en sus venas coagula:
 Monta ligero su bridon lozano,
 Y torciendo las riendas articula:
*Noticiar quiero al rey que el enemigo
 Hoy escoje en la guerra su castigo.*
 Calla y uniendo á su talon la hijada
 Del corredor caballo apercebido
 Desparece cual rayo, y de pasada
 A Guillen de Bearne deja herido.
 Tenia este en su mano la celada
 Componiendo el plumaje desprendido,
 Y el medroso traidor con hecho feo
 Hiriendo logra su primer trofeo.
 Airado el buen vizconde no se cura
 De la sangre que vierte, el yelmo arroja,
 A pie le sigue, la venganza jura,

Y el vil desde el caballo se acongoja;
 Pálida vuelve atrás su cara impura,
 Retiembla cual de pobo instable hoja,
 Y hasta que gran ventaja adquiere el triste,
 Guillen de perseguirle no desiste.
 El bravo Mustafá del gefe indigno
 La abominable accion corrido mira,
 Su rostro que llamea es claro signo
 Del corage y vergüenza que le inspira:
 Monta el héroe de eterna fama digno
 De los iberos lento se retira,
 Y llega su bandera ya vecina
 Del enemigo campo á dó camina.
 La densa polvareda á este ayisa
 Cuan cerca son los moros altaneros,
 Y JAIME preparar á toda prisa
 Manda ciento y cincuenta caballeros;
 A mantener exhorta la precisa
 Alta reputacion de celtiberos
 Manifestando en la primer batalla
 El brio entero que en sus pechos se halla.
 Loor eterno á tí, feliz Raimundo,
 Del tronco de Moncada rama insigne,
 Loor á tí. Conozca el ancho mundo
 La fama que entre todos te designe:
 El canto de mi númen infecundo
 Tu gloriosa ceniza no dedigne:
 Plugüiese al cielo tan heroico fuera
 Que hasta los triones resonar pudiera!
 El primero tú fuiste que vibrando
 El arma sanguinosa con decoro
 Arremetiste al enemigo bando,
 Ante todos hiriendo al bravo moro:
 Por tí perdió la luna el lustre infando,
 Cubrióse la ciudad de miedo y lloro;
 Por tí dilata JAIME su gran nombre,
 Y los Moncadas su inmortal renombre.
 Mientras Raimundo cual leon bravoso
 Contra la hueste balear se ensaña,
 Y su lanza blandiendo poderoso,
 Al modo que la muerte su guadaña,
 Hierre, derriba, mata y corajoso
 De moribundos cubre la campaña;
 Nuño, el bizarro y formidable Nuño,
 La suya aferra con forzado puño.
 Entrase con furor por los contrarios
 Tras él siguiendo el peloton ecuestre
 De los espertos célebres templarios
 Con el brayo caudillo su maestro.
 Nunguno hay de ellos que en los lances varios
 Del combatir distinto no se adiestre,
 Y reuniera siempre esta milicia
 La bravura, el honor y la pericia.

De los moslemos entre las cuchillas

Con impetu se arroja denodado

El bravo Gil Alberto de Cruyllas

Y de los de Aragon se pone allado.

Oh! cuantas asombrosas maravillas

Su brazo ejerce de valor armado,

Y cuanto duele al moro verle unido

A Nuffo y al Mónica tan temido.

Entonces el rigor de la batalla,

La matanza, el estrago y rabia crece:

Mil y mil muertes cada brazo falla,

Y no al ejecutarlas se enternece.

Huyó la humanidad luego que estalla

El grito que los pechos encrudece;

La natural piedad y la ternera

Se cambian en rencor y en aspereza:

Rompen el aire miseros quejidos

De los que al suelo vienen espirantes,

Y con ellos se mezclan aharidos

De los que les derrucan ya triunfantes:

Relinchan los caballos encendidos

Al son de los clarines inflamantes,

Y heridos de enemiga lanza algunos

Relinchos dan horribles e importunos.

Retumba ya el confuso pisoteo

Que de volátil polvo espesa bruma

Levanta entorno. Como el hondo Egeo

En tremendo huracan ruidoso espuma:

O reventando en fuego el monte Etneo

Espacio largo a la redonda ahuma,

El rumor atronante así parece

Y el polvo que las auras oscurece.

De los continuos golpes la herreria

Que mellando corazas dan en vago,

De los crugientes arcos la porfia,

Y de las armas el romper aciago;

Del moro la algarada y voceria;

Los gritos de Aragon y de Santiago

Aumentan mas el tumultuoso estruendo

Y el ronco son del batallar horrendo.

Entrambas huestes mezclanse furiosas

Cual despues de un diluvio dos torrentes

Que arrastrando sus aguas impetuosas

Por escarpadas breñas y vertientes,

En el valle se juntan y hervorosas

Allí se arremolinan sus corrientes,

Se agolpan, se entremezclan, se rempujan

Y en madre angosta, con fragor se estrujan;

Asi revueltos ambos escuadrones

Deshacen sus hileras y concierto

Siguiendo cada cual sus direcciones

De polvo y sangre y de sudor cubierto:

Confúndense ginetes y peones;

Ocupa el vivo el puesto del ya muerto,
 Con los caídos cuerpos se tropieza,
 Y sobre ellos se lucha con fiereza.
 El español montado si le place
 Abandona el arzon, la rienda suelta
 Y empuñando la espada lugar hace
 A su bravura y altivez resuelta.
 En derramar la muerte se complace,
 Y la batalla con furor revuelta
 Con la caliente sangre y nueva riza
 Se acalora, se enciende, se encarniza.
 El mahometano infante que vació
 Mira el arzon de que el cristiano baja
 A él arremete con presteza y brio
 Gozoso de adquirir esta ventaja,
 Aprieta los calcaños y bravío
 Los enemigos miembros hiende y raja,
 Y teñidos en sangre mil despojos
 A moderar no bastan sus enojos.
 Con noble orgullo los aragoneses
 Del arte de esgrimir siempre maestros,
 Fendientes calan tajos y reveses
 A la contraria gente bien siniestros:
 Abren los yelmos, quiebran los arneses
 Los asombrosos golpes de los nuestros;
 Y no hay lorigas fuertes abastanza
 Que resistan al hierro de su lanza.
 Con brava intrepidez y rabia fiera
 Del Profeta el secuaz tambien guerrea,
 Su cimitarra moja en sangre ibera
 Y los iberos miembros estropea.
 Así la atroz refriega se exaspera
 Y el ansia de matar se enseñorea
 De los adversos pechos y ahuyenta
 La noble compasion que el daño sienta.
 Lánzase con tremenda furia y saña
 En medio el espantoso remolino
 La inexorable muerte y su guadaña
 Destila arroyos del humor sanguino.
 La cárdena agonía le acompaña,
 Síguenla el llanto y el terror ferino,
 Y para que desoiga los gemidos
 Impio rencor atapa sus oídos.
 Del tiempo y de la culpa es engendrada,
 Veloz cual pensamiento el carro monta,
 Desde la sabandija desmedrada
 Hasta el humano su poder remonta.
 En su nervuda mano descarnada
 Agita la segur al daño pronta,
 Y con ella las vidas desenlaza
 Que el hombre con las armas amenaza.
 Tumban al diestro y al siniestro lado
 Mil famosos y mil, que ella señala.

Sobre el moslemo vuelca al bautizado,
 Y ambos sectarios imparcial iguala.
 Garci-Perez de Mustafá llagado
 El postrimer aliento triste exhala,
 Estrayendo la muerte su alma cara
 Por donde la enemiga punta entrara.
 Jorge, Guillermo, Arnaldo y otros varios
 Iguales en nacion y brazo fuerte
 Todos igual honor de los Templarios,
 Iguales son tambien en triste suerte:
 Heridos sin piedad por los contrarios
 Rinden su vida á la implacable muerte,
 Y los nobles que junto á ellos lidian
 Lloran su falta y su morir envidian.
 De Nuño y de Raimundo las cuchillas
 Abaten quanto á su furor se opone;
 Ven á sus pies enteras las cuadrillas
 En que el moslemo su esperanza pone:
 Los fresnos vuelan rotos en astillas,
 Ni hay ya contrario alguno que blasone
 Poder sobrevivir á tres lanzadas
 Por los cristianos caballeros dadas.
 De Tarfe vencedor en diez torneos
 La gloria como niebla se disipa,
 Al bello Ayup mas diestro en galanteos
 Que en cruda lid la muerte se anticipa:
 Ceñido Brindamos de mil trofeos
 De los mortales golpes participa.
 Y Aracelo novel en esta guerra
 Por siempre muerde la patricia tierra.
 Así la muerte su rugosa frente
 Irgue con presuncion. Ceñuda rie
 Notando el espectáculo inclemente,
 Sin que el llanto sus párpados rocíe;
 Ya por mas que al valor del brazo ardiente
 De sus escuadras la victoria fie
 Duélese Mustafá que los iberos
 Traigan á mal traer sus compañeros.
 Rodar vé sus mas ínclitos varones
 Cual robles que los vientos desengazan:
 Sus exánimes troncos á montones
 El pié de los guerreros embarazan:
 Se aclaran los espesos escuadrones,
 Los muertos á los vivos reemplazan;
 Y espirantes los míseros caidos,
 Por sus amigos mismos son crugidos.
 Tal vista sus alientos embravece;
 Arrójase feroz en la palestra,
 Con el estrago su bravura crece,
 Y su brazo á los suyos amaestra.
 Bajo su planta el suelo se estremece,
 Tiembla de su valor la tropa nuestra,
 Y los que á su presencia altivos paran

Con Orlando y Rugero le comparan.
 Como el raudó granizo desprendido
 Los campos tala y verdeantes mieses,
 Aterrando al colono que perdido
 Lloró el trabajo de cansados meses;
 Así el caudillo al escuadrón tupido
 En que se agolpan los aragoneses
 En solo un punto, rompe, corta, esparce,
 Y del suyo la pérdida resarce.
 Al galante Bertin furioso inmola
 Que en su niñez bebió del claro Sena,
 Y del Temple vistió la insigne estola
 Para probar la furia sarracena:
 A Rimiro despues la firme gola
 Con un bote de lanza desordena,
 Y entrando al descubierta el tinto hierro
 A su alma íntima perenal destierro.
 Constancio de velludos brazos tumba
 Y Jofre de estatura gigantea,
 Cual de los Pirineos se derrumba
 El pino que la atroz segur golpea,
 El aire sacudido ronco zumba
 Y la aplastada tierra bambolea;
 Así Jofre cayó, y á su venganza
 Animoso un hermano se abalanza.
 Al bravo moro de un mandoble llega,
 Mas su caballo súbito se espanta,
 Al imperio del freno se reniega
 Y en ambos piés derecho se levanta:
 El triste jóven al pavor se entrega;
 Pierde el arzon, el pié se le engarganta,
 Y sin poder valerse cae de pecho
 Y fenece arrastrado largo trecho.
 Ningun hispano al moro ya se atreve
 Que á su solaz degüella y estropea:
 Cual espesos los copos de la nieve,
 Así los fieles caen que alancea;
 Vale por mil el brazo atroz que mueve,
 El solo la victoria balancea,
 Y la obtuviera si Raimundo y Nuño
 Inerme hubieran el forzado puño.
 Mal de su grado vé que ya cansada
 Con gran disminucion su infantería,
 De los diestros contrarios acosada,
 Lentamente á la espalda siempre cía:
 De sus fornidos brazos cae la espada,
 El calor de sus pechos se resfria;
 Pero el aragones más se encarniza
 Con la desolacion, matanza y riza.
 Él á toda braveza entónces bravo
 Por aquí por allí veloz discurre,
 Y rabioso del crudo menoscabo
 En el inmortal despecho casi incurre:

Lánzase ya á morir, empero al cabo
 Un nuevo modo de lidiar le ocurre,
 Habla y sus militares instrumentos
 Alargan en contorno sus acentos.
 «Oh! compañeros, Mustafá les dice
 Con recia voz y alientos mas que humanos,
 Si injusta la fortuna nos maldice
 Y carga sobre nos sus duras manos
 Ora vuestro valor más se encarnice,
 Que vindicar debeis á los hermanos:
 Manejad con fiereza vuestra lanza,
 Que lo exige el deber y la venganza.
 Sangre es esta de nuestros compatriotas
 Por los cristianos brutaemente hollada:
 Estos los miembros son, que desperdicios
 Restan de su fatal horrenda espada:
 Prestad, justo es, los últimos servicios
 A los amigos y hermandad sagrada;
 Esta sangre la vuestra ahora irrite,
 Esta matanza vuestro ardor escite.»

El labio sella y el vigor recobra
 Con tal exhortacion su fuerte bando,
 Si bien con el terrible ejemplo y obra
 Mejor el gran caudillo va exhortando.
 De á pié la tropa nuevo aliento cobra
 En ordenadas filas descansando,
 Apercibidas para dar remate
 Al obstinado y destructor combate.

.....
 Al modo que dos formidables peñas
 Desgajadas de golpe en alta cima
 Baján rodando y por fragosas breñas
 Resurten con espanto y causan grima,
 Aplastan los madroños, las alheñas,
 Sin que ni el roble su furor reprima,
 Y el fuerte olivo y la ñudosa encina
 Tronchados atestiguan su ruina;
 Así la fiel escuadra compartida
 En dos mitades de repente cierra,
 Y con horrible súbida avenida
 Al belicoso mallorquin aterra:
 Ya los flecheros en cobarde huida
 Suben lo mas fragoso de la sierra,
 Y entre las hojas y maleza inculta
 Del mejor modo cada cual se oculta.

Del otra parte ya á ceder empiezan
 Los moslemos ginetes perseguidos,
 Y luego á toda brida se enderezan
 A la fuerte ciudad despavoridos:
 Huyen ya los peones y tropiezan
 Los unos con los otros aturdidos,
 Y el deshonesto miedo en todos marca
 El vil temor de la inminente parca.

Echan las armas porque no fatiguen,
 Y librés mas veloces correr pueden;
 Pero el alcance los cruzados siguen,
 Y en ligereza presto les esceden:
 Les hieren por la espalda, les persiguen
 Y de matar cansados retroceden
 Victoriosos volviendo á sus reales,
 Ceñidos con los lauros triunfales.

¿Qué vate habrá que dignamente explique
 De Mustafá la cólera ferviente
 Cuando él solo se opone como dique
 Al crecido raudal de aquel torrente?
 Por el pavor ageno vése á pique
 De infamar su opinion, y diligente
 Puesto ante los medrosos fugitivos
 Despliega así sus labios espresivos:

«¿A dó, viles, moveis la infame planta?
 ¿Pensáis que Palma cual madre os reciba
 Cuando ya de su fama sacrosanta
 Vuestro injurioso proceder la priva?
 Oh patria! ¿quién será que mengua tanta
 De tus gloriosos fastos hoy prohiba?
 En tal angustia tienes solo un hijo,
 Y va á morir por tí con regocijo.

Guarda la infame vida, raza espuria,
 Indigna de ser balear; oprima
 Ante tus ojos la española furia
 A la ciudad que te adoptó en su clima:
 Atiende empero, si fortuna injuria
 Al que digno nació de honor y estima
 Muera, que solo así renombre halla
 El infeliz que pierde la batalla.»

Dice, y veloz asiendo en la manija
 El grueso leño que en el ristre afianza
 Al espumante corredor aguija
 Y contra el campo vencedor se lanza:
 Su desmandada tropa absorta fija
 La vista en él, admira su pujanza,
 Cegada empero del culpable miedo
 Le deja solo en trance tan acedo.

Aquí á su grande corazon apela
 El héroe balear, furioso corre,
 No corre, cual neblí ligero vuela
 Y musulman ninguno le socorre.
 El yelmo roto, abierta la escarcela,
 Virtiendo sangre que sus huellas borre
 Con brava intrepidez y fuerza flaca
 Al enemigo peloton ataca.

Y rápido embistiendo como un oso
 Impelido del hambre á la colmena
 Cubre el campo de estrago prodigioso,
 Solo él la retaguardia desordena:
 Amasa en sangre el suelo polvoroso,

Brazos y cuellos hórrido cercena,
 Ora á este español violento embiste,
 Ora le deja y á aquel resiste.
Las diestras reglas de lidiar no guarda,
 Que casi á ciegas por furor pelea,
 Y cuanto su anhelada muerte tarda
 Gran daño á los cristianos acarrea.
 Morir matando despechado aguarda,
 Morir con honradez no mas desea,
 Y ya para vender su vida cara
 En la propia defensa no repara.
Mata á Guillen Ruiz de una lanzada,
 Y revolviendo luego como un rayo
 Al gallardo Beltran de Zagrana
 En la coraza hiere de soslayo:
 Presuroso con rabia desfrenada
 Segunda el golpe y con el nuevo ensayo
 El grueso tronco de ántes consentido
 A su pesar le queda bipartido.
Su fuerte cimitarra entónces saca
 Y con pujante brazo la ensangrienta:
 A Pedro Ramis hiere, y no se aplaca,
 Que la herida sin muerte no contenta.
 A Galceran el cérebro machaca
 Que bien de llano un golpe atroz le asienta,
 Y sin tardar se arroja furibundo
 Contra el caudillo mismo don Raimundo.
El galopar estrepitoso avisa
 De su peligro al capitan cristiano,
 Quien torciendo el caballo á toda prisa
 Espera al Musulman con pecho ufano.
 Sin el ferrado tronco le divisa,
 Y luego el suyo arroja y echa mano
 A su luciente cortadora espada
 De duro temple en Túnez fabricada.
Mustafá con fogoso continente
 Que disimula su cosgoja interna
 A Raimundo de un fiero manteniendo
 El férreo brazalete descuaderna;
 El cuerpo despues huye á un fendiente
 Que le desarma solo en una pierna,
 Y ambos furiosos quedan preparados
 A renovar sus golpes despiadados.
En alto Mustafá levanta el brazo,
 Y un bisoño soldado que lo mira
 Con fiero pulso y gran desembarazo
 Una acerada lanza vil le tira.
 Barrena el vientre y bjo el espinazo
 Sangriento el hierro sale. Asi espira
 El héroe moro digno que su historia
 En áureas planchas grave la memoria.

T. AGUI